

## ELGATO CÓSMICO

**Había una vez un niño que no sabía sonreír.** Charly, puede tener diez, doce años, quizá alguno más, pero se ha quedado en los ocho años porque es la edad que más le gusta. Tiene el pelo corto y los ojos grandes y separados. Tiene rasgos achinados, porque procede de los países donde los grandes señores se suben en carros conducidos por dragones que vuelan y escupen fuego. Así lo ha soñado en muchas ocasiones, y esa mirada soñadora, que se confunde a veces con un alma vacía, sólo sabe mirar hacia dentro de su ser. Pero su alma no está vacía, sólo sueña, cuando duerme y cuando está despierto. Charly no sabe sonreír pero tiene una gran imaginación. Tiene un amigo mágico, un amigo invisible, con el que habla sin palabras cuando nadie lo ve. Es un lápiz-gato, cuando se pone el capuchón de gato.

Cuando lo conoció no tenía nombre. Ahora se llama Servando. Era un lápiz vulgar y corriente sin marca conocida, de un color azul descascarillado y con el número 2 casi borrado. Lo lleva Charly, junto a otros lápices de colores, en un estuche de madera, y a veces cuando se descuida su dueño se pone a hacer cruces y circulitos en una hoja de papel cuadriculada, justo en la hora de las matemáticas.

Charly, un buen día, le pintó ojos con un rotulador y una sonrisa; mordido por su extremo de arriba parecía un científico loco. El lápiz se puso de pie sobre la punta como si fuera un bailarín, y entonces comenzó a bostezar.

«Oye –le preguntó Charly, en su lenguaje sin palabras, abriendo unos ojos como platos-, tú quién eres?»

«Soy lo que tú quieras que sea, pero es nuestro secreto, no se lo podrás contar a nadie»

«¿En serio, puedes ser lo que yo quiera?»

«Mira –dijo el lápiz poniéndose su capuchón de gato-,

Soy un gato espacial.

Lo que dibujo

no lo puede borrar

el viento solar»

«¿Me ayudas a hacer los deberes?»

«Bueno, pero ten en cuenta que los números no son mi fuerte, como no tengo goma de borrar en la cresta, pero a cambio, ¿me llevarás contigo?, quiero conocer el mundo»

«En cuanto acabemos los deberes nos vamos al parque. ¿cómo te llamas?»

«Todavía no tengo nombre»

«Pues te llamaré... Servando»

«Entonces –pintó un avión en una cuartilla-, agárrate a mí que nos vamos volando»

En el parque, se subieron al columpio, y se deslizaron por el tobogán; Charly hizo un montón de arena donde Servando se tiró como si fuera una piscina de bolas. Servando se reía sin parar como si los granos de arena le hicieran cosquillas. Luego vieron un poco de jaleo y se acercaron a un guiñol, donde representaban a una bruja malvada que tenía secuestrada a la princesa y un niño pobre que la quería salvar.

Daban realmente ganas de hacerse pequeño y gritar cuando preguntaba la voz de bambalinas si habíamos visto a la princesa: «Síííí» «¿Ha pasado la malvada bruja?» «Que síííí» Y ya no sabías porqué pero luego gritabas: «Nooo» Charly se sentía feliz, desgañitado de tanto vocear y con los bolsillos llenos de los sopapos sonoros del “toma, toma y toma”, de la estaca de cartón.

Las luces de Navidad, Comenzaron a encenderse en las calles y al asomar los primeros luceros de la noche Charly y Servando llegaron a su casa.

–Charly –le preguntó su madre de adopción-, te has perdido la merienda, ¡uy!, ¿cómo vienes tan sucio?

–Parque.., amigos..

—Así me gusta, venga, derecho al baño y a cenar. Y mañana quiero que vayamos al centro de acogida, tengo una reunión con la directora y mientras podrás jugar con tus antiguos compañeros.

— — —

«¿Me cuentas un cuento?», le preguntó Charly a Servando al acostarse aquella noche. «Vale, pero te advierto que yo sólo sé cuentos de gatos. Esta es una historia de gatos gigantes y comienza así: ‘Mamá Gatuy se pasó toda la noche maullando, no le quedaban Maxi-Ratas para alimentar a sus pobres MacGatitos Gatel y Gretel. Sabe que al final tendrá que abandonarlos en medio del bosque. Bruixa d’Or tiene allí su casita caramelizada y eso no es bueno para los dientes de sus chiquitines».

— — —

«Servando, ¿tú tienes siete vidas?»

«No te creas todo lo que cuentan de los gatos, dijo sacándose la capucha, que ni todos somos pardos de noche, ni cantamos serenatas a la luz de la Luna. Una vez mientras perseguía a una banda de ratones mafiosos, los malvados hermanos Luky, Truky, Fuky y Puky, que se dedicaban a vender en el barrio un queso sin la etiqueta de control sanitario, me salió al paso uno de sus esbirros, un perro guardián mezcla de Dean Mastin con Peter Coyote. Y de un bocado, fui expulsado de mis seis vidas anteriores, así que al final, ya sólo me queda una vida»

«Cuentigato.., otro..»

Charly se durmió (zzz!!!) en un paraíso donde el niño tenía que saltar precipicios y amaestrar maxi-ratas para salvar a una dulce princesa de los malvados gigantes que la tenían encerrada en la torre de un vetusto castillo.

— — —

Charly jugaba al escondite con sus viejos camaradas. Se escondió detrás de un viejo arcón, en la habitación de los trastos. Desde allí escuchó la conversación de su madre con la directora doña Gertrudis,

—Wang, no me acostumbro a llamarlo Charly, es un niño autista —decía la directora.

—Charly tiene mucha fantasía —contestaba su madre-, y dibuja de maravilla.

—Eso es bueno, pero a veces demasiada fantasía, puede no ayudar.

—Cuando acabe la escuela obligatoria, no sé que haré.

—Puedes matricularlo en la escuela de Arte, si quieres te preparo una carta de presentación.

—Gracias por tu consejo. Y ¿qué tal va el Centro?

—No sé qué más puedo hacer por los niños. Esto no es un orfanato. Las subvenciones escasean. Algún día crecerán y se tendrán que marchar.

Bobby apareció de repente seguido de Tony, el gordito, que a veces se dormía con el dedo en la boca, todavía llevaba restos de una pizza de atún y queso alrededor de los labios. Fueron donde estaba Petri, que torcía la cabeza como si le pesara más de un lado que del otro; tenía el pelo rubio, alborotado y todos los días parecía que se acababa de despertar de una siesta de tres semanas.

Ambos acariciaron el lomo de Bobby, un perro sin raza, que recogieron de la calle un día de lluvia.

—No se puede jugar al escondite contigo Bobby —dijo Tony tirándole de una oreja-, nos descubres a todos.

Colocó su pata sobre la mano que le tendió Petri.

Fueron al patio mientras le daban patadas a una pelota de trapo por los pasillos del centro.

—Tebeo... La Sombra —dijo Charly sacándose un número viejo de entre la ropa.

—Creo que ya no vendrá nadie a por nosotros —dijo Tony hojeando la revista con la mirada perdida.

Petri lanzó un cacahuete y Bobby girando sobre sí mismo, lo agarró en el aire.

—Si me tocara una familia como la de Charly te vendrías conmigo.

—Gua —dijo Bobby sonriendo de oreja a oreja.

— — —

Charly le contó a Servando su visita al Centro de acogida y le habló de sus amigos Tony, Petri y Bobby.

«Rrrr —ronroneó Servando—, mi abuelo el Gato Félix, me contó que una vez se encontró una lámpara mágica en su vieja maleta de cuero. Pidió más de mil juguetes en su primer deseo. El baúl donde guardaba los juguetes estaba cada vez más vacío. Claro, que también pidió más de mil amigos para compartirlos. Al final acabó regalando a los niños del asilo: el castillo del dragón, el camión de bomberos, el caballo de cartón.. Aún le quedaban las piezas rotas de un escaletric, una pelota deshilachada, indios, dinosaurios, la funda de una espada, un disfraz de pirata. Y en el fondo del baúl, dentro de una pequeña lámpara oxidada, todavía esperaba el genio un último deseo.

«Qué es un niño autista, que se lo he oído decir a Doña Gertrudis a mi madre, que yo era un niño autista».

«Pues un niño que conduce un auto, y como no sabe conducir se choca contra lo primero que encuentre».

«Pues a mis padres de verdad se los llevó una tormenta, allá por la costa de Indochina, en Asia».

Aquella noche de tormenta, Wang nació por segunda vez. Las tormentas en Asia cuando son violentas, no se llaman huracanes como en América, tienen el nombre de un dios salvaje Tifón, que significa el Gran Viento. Los truenos son roncós y los relámpagos

muy prolongados. La madre de Wang apenas tuvo tiempo, cuando se partió la barcaza, de meterlo dentro de una canastilla, en un saco impermeable. Rezó una breve oración de despedida y se perdió atrapada en el mar, en medio de la violenta noche. Wang llevaba, cuando lo recogieron en una playa del mar de Indochina, una medalla dorada con la media luna y una estrella. Como la media luna tenía forma de C, le pusieron Charly. Servando le preguntó a Charly por qué le llamaban así cuando su verdadero nombre era Wang. Y desde entonces, Servando le cambió el nombre y le empezó a llamar Wang.

— — —

Hoy Charly Wang no ha podido ir a la escuela, una calentura lo tiene atado a su cama. Su madre adoptiva le ha puesto paños sobre la frente, pero la fiebre continúa. —Esto es porque tus huesos se estiran para crecer. Ya verás como pronto estarás bueno. Lo arropa con delicadeza y le da un beso. Charly Wang que apenas habla dos palabras sueltas en cada conversación, devuelve el beso con un gran abrazo.

— — —

Servando le contó a Charly Wang —con una sonrisa de oreja a oreja—, la historia del lápiz roto de Juanito: Había una vez un niño muy pequeño, pero muy listo. Cuando tenía tres años a Juanito le trajeron los Reyes una caja de colores. Juanito tiene muy claro que su preferido es el rojo, por eso tiene el azul y el verde más desgastados. El marrón no le gusta, nada de nada, ni siquiera para colorear montañas; del amarillo un día descubrió que podía hacer rayos de sol; el negro lo usa para pintar la noche, y el blanco le asusta porque le recuerda a su viejo tío Eustaquio, que tenía esa palidez en su rostro cuando enfermó y lo taparon con una sábana blanca, y luego se lo llevaron.

Una tarde Juanito está dibujando al hombre cohete, un ser triangular con sus brazos largos y patas de alambre retorcido, y una pelota por cabeza con ojos y boca, pero sin nariz, ni orejas, ni peluquín.

Y Juanito muerde su lápiz y aprieta la punta sobre la hoja de papel, en la mesa de la cocina, hasta que un crujido parte por la mitad su lápiz rojo, como la sangre de un pajarillo al que le ha quebrado las alas, de un papirotazo, una nube enfadada.

Ante la mirada atenta de su padre, Juanito se asombró tanto que apenas podía concebir que hace un momento su lápiz estaba vivo y ahora sobre la mesa sólo quedaba un cadáver de lápiz sangriento. Su mueca de espanto se mezcló con el lamento de un coro griego ante la muerte del príncipe heredero.

—No llores Juanito —le dijo su padre—, mira, este lápiz verde es tan bonito o más. A mí me gusta mucho para pintar los árboles.

Los gemidos del niño se transformaron en gritos de angustia.

—Mi lápiz.

—Espera —dice su padre. Cierra los ojos y ya verás cómo te lo arreglo.

Busca nervioso y encuentra un trozo de esparadrapo, unas tijeras, pegamento. Cose y recose las partes rotas, y solo una mirada experta, de adulto, puede ver el defecto del ser que ha vuelto a la vida, como el monstruo del doctor Frankenstein.

El niño se calla por fin, y cuando abre de nuevo los ojos enrojecidos sólo puede responder:

—Es que no lo entiendes, papá —dice entre hipidos—. Este no es mi lápiz, el mío estaba roto y yo lo quiero como era antes de que se rompiera.

«Y yo, dijo orgulloso Servando, soy descendiente del lápiz de aquel niño. Ese lápiz, mi bisabuelo, era propiedad del gran barón De Cartabon».

«Y por línea materna tengo un antepasado directo en la Gran Gata Cósmica de Cheshire, mi bisabuela, que estaba un poco chiflada, por cierto. Anotó en su diario que Alicia, su dueña, también es la Reina de corazones del submundo de las madrigueras, y allí, en una mazmorra tiene encarcelada la sombra de Peter Pan.

— — —

Servando le cuenta a Charly por qué es necesario que se ponga esas gafas que le ha prescrito el oftalmólogo: «Los esgafoides son animales que nadan bajo el agua, vuelan a distancia por el aire o habitan cerca de las viviendas corrientes. Les atraen las superficies resbaladizas. Visten de colorines y material diverso: pasta, plástico, pero sobretodo les rechifla el cristal ahumado. Se comunican a través de sus cuernos metalizados con sus congéneres. Después de una noche loca de resaca, pueden lanzarse al suelo desde la mesita de noche. Les encanta perderse jugando al escondite, y si tienes la suerte de atrapar una pareja que se adapte a tus globos oculares, podrás comprobar cómo el mundo depende del color del cristal con el que miras.

— — —

«Cuéntame un cuento de colores»

«¿Conoces el cuento de Cindy, la tabernera? Viaja en su carruaje de cristal color calabaza. Schon, el hurón, agita las riendas de dos yeguas mellizas semitransparentes que resoplan furiosas. A la altura de Príncipe de Vergara, desciende entre flashes con su Versace de seda. Se desliza muy segura sobre la alfombra roja con los botines aterciopelados, altos y ajustados. A las doce en punto, amortiguada por el rasgueo de un arco sobre las cuerdas de un violín, suena la alarma de su móvil. Pero ella sólo distingue dos latidos acompasados, el de su corazón y el de su nueva pareja: el Capitán América»

— — —

«Y el cuento de los siete gatitos, ¿te lo sabes, todavía no?»

«Pues resulta que los siete gatitos se escondieron detrás del reloj. El lobo blanco vio a Bigotes paralelo a las agujas, hacia las 4 a Rabito, Barbita despuntaba a las 10, Moreno dejó una pezuñita suelta, Barrigón competía con la esfera del reloj. Al último, Triscón, lo pilló mordiendo los mecanismos. A todos les dio un trabajo acorde con su talento, al

primero de banquero, al segundo secretario, y a los demás los contrató de encargado, barrendero, cocinero y científico.

Manchita, el pequeñín, gritó cuando llegó su mamá: “ha sido el lobo”, decía, pero nadie le creyó, porque todos estaban muy bien colocados»

— — —

«A mí lo que realmente me gustaría ser es astronauta»

«¿Qué te parece si hacemos un viaje espacial? No saldrá caro, sólo es un dibujo. Camino de Saturno te contaré la historia de mi primo el comandante Darth Gater. Su incontrolable afición por los viajes interplanetarios llevó a mi primo Darth a hacer escala en Titán, cuyos habitantes suelen ser amigables y generosos. Lo cual no quita que una titanita enfadada tenga su punto de riesgo. Así pasó con Saturnia, la famosa Starlet, que le invitó a un sorbete de frambuesa en su palacio subacuático. Aceptó encantado, más que nada por disfrutar de las costumbres del satélite. Luego le ofreció un baño relajante bajo el Lago Ontario, que rechazó por no llevar traje adecuado. De repente, el metano bulle a su alrededor, cambia de azul a rojo. Suerte tuvo al ser recogido por la patrulla con un simple arañazo en la mejilla»

«Pero aprovechando el billete ¿podemos viajar algo más lejos?»

«Podemos ir a Andrómeda. Allí están de rebajas. Mira el cartel de letras de neón a la izquierda de Marte:

(( Ventas al detalle \*\*\* Compre tres pares de zapatos \*\*\* Pague dos pantalones \*\*\* Y se lleva de regalo \*\*\* Un androide semiautomático ))»

«Pues en la feria de Alpha Center de la estrella Sirio, no te imaginas lo que le pasó a James ‘el Troglodita’, el sobrino de una vecina de mi abuela, la gata Sinforosa: James mueve sus orejas abajo y arriba; come y canta, llora y ríe, todo a un tiempo, como si fuera la última cabra amaestrada de Gotham. Los viajes interesaciales son cada vez

más raros. Ya no quedan recambios para los especímenes gatunos del planeta solar. En un rincón de la jaula, James se va arrugando como una uva pasa, o como un trozo de cartón mojado. Termina cayendo en una tristeza absoluta contagiando al espectador. En el descanso del espectáculo, apenas recuerda, cerrando sus ojillos, la letra pequeña del contrato: “Conocerás mundos..., serás el centro del Universo..., serás toda una atracción”.»

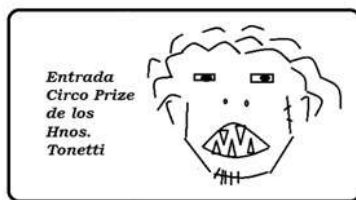
— — —

«Tengo que estar en la cama todo el día, qué lata»

«¿Y si nos vamos al circo?»

«Imposible, no tenemos entrada, y de portero estará el hombre más fuerte del mundo»

«Eso lo soluciono en un momento.



Ya está»

Desde una viga del techo, colgaba de una cuerda, en frágil equilibrio de vaivén, un elefante tailandés. Mientras se balanceaba, boca abajo, de un lado a otro del circo, soplaba una gaita por la que salía, barritando, en un estruendo horrisono, una sinfonía infernal. Al mismo tiempo, tres gatos siameses se mecían maullaban, al claro de luna, al son de una serenata veneciana: «Ma uena ué, uena ué, uena ué»

Los Hermanos Tonetti, chascaron sus látigos, retorcieron el mostacho, y como veían que no se caía, fueron a llamar a otro elefante.

— — —

«Sin beso de buenas noches te quedarás –le regañó Servando-. Estuvo bien aplaudir las cabriolas de los enanos del circo, pero me pareció excesivo que te subieras a la chepa

del payaso, tirarás de las orejas al tigre de Bengala e hicieras subir al Señor John Tonetti a la barra del funambulista para que se lanzara a la piscina desde 30 metros de altura»

«Pues tú también me tendrás que explicar –le contestó Charly-, quién tiró el petardo por la ventanilla del taxi. Seguro que a la ancianita que cruzaba el semáforo en rojo no le hizo ninguna gracia, la pobre terminó chorreando barro en mitad de un charco, mientras el viento se llevaba su paraguas de cuadros agujereado»

— — —

«¿Quieres que te cuente la historia que me contó mi tía Gata Parda sobre la cruel muerte de Lorita Pérez, la cantante de la mansión Plaff?»

«Vale»

«Resulta que murió de repente, y no por un ataque de tos. Fue brutalmente asesinada»

«¿Cómo te has enterado?»

«Mira te voy a leer la crónica del Daily News, aquí tengo el recorte, fue antes de que tú nacieras»

**DAILY NEWS Especial Dominical: LORITA PÉREZ, CANTANTE DE LA MANSIÓN PLAFF, BRUTALMENTE ASESINADA —(Crónica de la Gata Parda)**

El silencio inundó de repente todo el ala occidental –leyó Servando-, se instaló como un inquilino mal avenido, y nada parecía poder desalojarlo. Ni siquiera los gritos de Doña Eloína, mezclando sollozos e hipidos de menopáusica histérica. Ceruso, el inspector encargado del caso, dejó el bigote falso sobre la repisa de la chimenea, y su monóculo en un platillo de su taza de té. Reunió a todos los habitantes de la mansión en la biblioteca donde inició los interrogatorios:

«Fue el mayordomo, dijeron todos a una» Pero el interfecto se defendió diciendo:

«Estaba comprando en la tienda de barrio cuando ocurrió el suceso»

El estudiante, tirando de un padastro que tenía a medias, señaló: «Entonces sería la

criada, ha sido la criada»

Y contestó la susodicha, roja como la grana: «Estaba en la cocina preparando una tisana»

Asunta, la vecina, asomó una mano por la ventana e informó: «Yo lo he visto todo, ha sido Facundo, el del carro de los helados»

En la mesa de la biblioteca proseguía la partida de julepe.

«Recapitulando, las cartas boca arriba, escupió el juez poniéndose el sombrero: la lora está más muerta que una berenjena. Lo sabemos porque tenía un puñal en las costillas. ¿Cierto, sargento?»

El escriba anotó en su libreta «¿Dónde estaba el taxidermista a las cinco de la tarde?»

«Yo andaba afi, afi...»

«Oh! ¿Afilando el cuchillo?»

«No!, afinando las cuerdas del piano de co-co-cola, tartamudeó en tono subido el baricentro»

«Pero, Lorita la cantora ¿vivía dentro de su jaula o vivía fuera?»

«Sólo Schrödinger podría afirmarlo, si aún viviera, se arrepintió al decirlo el profesor Max»

Gata, afiló sus garras sobre el sky del sillón. Se atusó los pelos del bigote: «Si nadie reclama el cuerpo del delito, me lo pido»

«¡Cómo hiede a sobaquera!», gruñó el primer ministro en el Parlamento.

«El que lo huele debajo lo tiene», soltó la castañera.

Por la sala de autopsias pasea cabizbaja una monjita: «Me quiere, no me quiere», soñando margaritas de papel albal con alfileres.

El monstruo bajo la alfombra, que oía todas las palabras del diccionario, se reía sin compasión: «Seguro que fue el fantasma», señalando con dedo acusador el busto de

Borges sobre la mesa.

«No fui yo –replicó en argentino melodioso-, estaba platicando por un teléfono inconsútil»

«¿Con quién?», dijeron todos.

«Con Lorita», explicó el autor.

«¿Qué fue lo que dijo en sus últimas palabras?»

«Adiós mundo cruel, que muero porque no muero»

«¿Suicidóse, quiere decir?»

«Sí señores, se lanzó sobre el puñal en un vuelo acrobático y final. Después de dos piruetas lo ensartó Jack, el lanzacuchillos del Price»

«Imposible es menos que posible, meditó el sabueso, el Circo estará a una legua»

«¡Horror, fue Jack!»

«¿Tienes algo que añadir en tu defensa?»

El despedazador desnudó su alma ante mi tía, la reportera del Daily: «Ensayaba sobre la ruleta con la muñeca deshinchable, lancé tres cuchillos de una vez, el último resbaló sobre el filo de la rueda huyendo de las leyes del azar. El puñal malayo silbó en caída libre, cuando una ráfaga de viento, prosiguió el zíngaro, lo elevó y desapareció como un dardo de sol»

La muñeca perdió una grapa, le guiñó un ojo al acusado y otro al juez instructor: «Yo tenía los ojos vendados, apenas oí el puñal rasgando el aire, sentí un rumor de plumas, un leve batir de alas, y un suspiro al partirse el corazón»

Gata lloraba con amargura cuando enterraron a Lorita Pérez en un rincón del jardín.

Estaba tan bonita con su lápida rosa y azul que no pudo evitar dejar una bolita.

Servando dibujó un barco en medio del mar, con el cielo azul y una nube de algodón. Charly se asomó por la escotilla para ver amanecer. Subieron a cubierta. El Sol era apenas una pelota naranja, que nació como una rendija de melón, y el horizonte la expulsó. Las gaviotas saludaron al astro peleando por una tripa de pescado.

«¡A barlovento!, gritó Servando con disfraz de marinero: Un rebaño de delfines está saltando a la comba sobre las olas»

«Ahí abajo, mira Servando, están los restos de la barcaza»

«Escucha lo que dicen los delfines, que papá y mamá se han convertido en un león marino y una ballena, y ahora nadan con ellos»

«Y hay también un pulpo gigante y un pingüino»

«Y el capitán del barco y un grumete, seguro»

«Sí, y había un peluche azul que me miraba desde el fondo del mar»

— — —

—Así que quieres ser Astronauta, Domador de Circo, Detective y Marinero, ¿eh, Charly? Pues eso es que ya estás mejor. Ya no tienes ninguna fiebre. Qué suerte que estamos de vacaciones de Navidad. ¿Te apetece dar una vuelta por el mercadillo? Con lo que has crecido tendremos que comprar zapatos y ropa nueva. ¿Qué tienes en el bolsillo del pijama?

—Ser..van..do..

—Qué bien que lo estés conservando, pero está roto. Te compraré uno nuevo.

—No, no es sólo un lápiz. Vive.

**FIN**